

La fe lo confirma; ella nos muestra cinco ciudades enteras condenadas al fuego, pero seguras aun de su salvacion, si hubieran albergado diez justos en su seno; nos muestra á Ninive salvada por la penitencia de su rey y de sus habitantes, desde que oyó de los labios de un verdadero profeta el decreto divino de su próxima destruccion; nos muestra al mismo Jesucristo recomendando á sus discípulos la oracion, para que el sitio de Jerusalem, que debia obligarles á huir á las montañas, no comenzara durante el invierno ni un dia de sábado<sup>1</sup>, siendo atendidas sus súplicas; y ella nos muestra, en fin, á los primeros fieles suplicando á Dios con la frente en el polvo á fin de retardar la caida del Imperio y del mundo. Siempre y en todo nos descubre la fe en los decretos divinos una parte *inflexible*, á la cual debe someterse humilde y resignado el hombre culpable, y una parte *flexible*, cuya ejecucion puede modificar la oracion y la penitencia.

Sean los actuales Gobiernos imitadores sinceros de estos ejemplos animosos, y hagan penitencia, pues es el único medio que les resta de alcanzar el reposo verdadero y una próruga mas ó menos larga. ¡Bastante han agotado los medios de vivir! Cual enfermos desesperados, sometidos á toda clase de tratamientos, han entregado sucesivamente la sociedad á la filosofía, á la fuerza, á la diplomacia, á la destreza, á la ciencia, á la riqueza, á la industria, á la paz y á la guerra, y léjos de curar al enfermo lo han conducido á un estado desesperado. Así lo afirman ellos mismos acusándose todos los dias mutuamente en la tribuna, en los libros y en los periódicos, y haciéndose unos á otros responsables de su muerte. Que se entreguen á Dios y hagan penitencia volviendo francamente al Cristianismo.

El Señor mismo los ha invitado con estas apremiadoras palabras escritas para los últimos tiempos<sup>2</sup>: «¡Ó pueblo mio! ha llegado la hora de convertirnos á mí con todo vuestro corazon por medio del ayuno, del gemido y de las lágrimas. Desgarrad vuestros corazones y no vuestros vestidos, y convertíos al Señor vuestro Dios; porque él es bueno y misericordioso, paciente y lleno de clemencia, y dispuesto á olvidar la iniquidad. ¿Quién sabe si

<sup>1</sup> Orate autem ut non fiat fuga vestra in hieme vel sabbato. (*Matth.* xxiv, 20).

<sup>2</sup> Véase los intérpretes sobre Joel. (*Bibl. de Vence*, t. XVII, etc.).

«volverá hácia nosotros, si nos perdonará, y si nos colmará de «sus bendiciones?... Haced resonar la trompeta de Sion, ordenad «un ayuno santo, publicad una asamblea solemne, haced acudir «á todo el pueblo, advertidle que se purifique; convocad los ancianos y traed á los niños y á los que todavía se alimentan en «los pechos de su madre. Que se prosternen bañados en lágrimas «los sacerdotes y ministros del Señor entre el vestíbulo y el altar, «y exclamen: Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo, y no «dejeis caer vuestra herencia en el oprobio entregándola á la dominacion de los extranjeros... Y el Señor respondió y dijo á su «pueblo: Yo os devolveré los años que han devorado la langosta, «los gusanos, la niebla y las orugas, ese ejército poderoso que «he enviado contra vosotros... Y bendeciréis el nombre del Señor que ha obrado por vosotros tantas maravillas<sup>1</sup>.»

## XXIX.

Humanamente hablando, las naciones de Europa y la Francia en particular, tienen un poderoso y apremiante motivo de dar oídos á esta voz paternal y de estrechar pronto y con fuerza los lazos de la grande unidad católica. En primer lugar la Francia, porque su fuerza providencial existe en la fe, y las demás naciones, porque tienen que precaverse contra un enemigo que las amenaza á todas y á nosotros con ellas. ¿No podria ser la Rusia para la Europa culpable lo que Asuero para la Judea infiel, el azote de la cólera del Señor<sup>2</sup>? Y aun sin elevarse á los pensamientos de la fe, ¿puede verse sin inquietud para el porvenir el desmesurado engrandecimiento de esta nacion? Apenas hace un siglo que era contado este Imperio entre los pueblos, y en el dia hace temblar el Asia y amenaza la Europa. Un fanatismo religioso y guerrero lo reune como una masa compacta bajo la mano de un jefe que es á la vez Emperador y Pontífice, y á quien obedece pasivamente. Una idea fija seguida con perseverancia desde Pedro I, impele á sus autócratas al Imperio del mundo. «El gran «Dios, decia el fundador de este imperio, de quien recibimos «nuestra corona y nuestra existencia, nos ha ilustrado con sus luces y sostenido con su apoyo, y me permite mirar al pueblo ruso

<sup>1</sup> Joel, II, 12 et seq.

<sup>2</sup> Assur virga furoris mei. (*Isai.* x, 5).

«como el destinado en el porvenir á la dominacion general de Europa. Fundo este pensamiento en que las naciones europeas han llegado en su mayor parte á un estado de vejez próximo á la edad caduca, ó que marchan á él á grandes pasos; de lo cual se deduce que deben ser fácil é indudablemente conquistadas por un pueblo joven y nuevo, cuando este haya llegado á adquirir toda su fuerza y crecimiento. Considero la invasion de los países de Occidente y Oriente por el Norte como un movimiento periódico, decretado por los designios de la Providencia, que regeneró de este modo al pueblo romano con la invasion de los bárbaros... Encontré á la Rusia *arroquelo*, yo la de *jo rio*; mis sucesores la convertirán en *mar*, destinado á fertilizar la Europa agostada; y sus olas rebosarán á pesar de todos los diques y de las debilitadas manos que puedan oponerse á su desbordamiento si mis descendientes saben dirigir su curso <sup>1</sup>.»

La experiencia de un siglo nos enseña con cuánta sagacidad han dirigido los sucesores de Pedro el Grande el curso de estas olas cada vez mas amenazadoras. Su primer pensamiento ha sido reunir bajo su cetro cismático todas las poblaciones de origen eslavo; el segundo valerse de todos los medios para conquistar en todas las naciones súbditos y fieles, y esta conducta invariable se muestra ya sin embarazo ni disimulo. En Oriente, conquistas incesantes en el Norte del Asia; influencia omnipotente en Constantinopla; intrigas en Grécia, cuyos destinos dirige su accion tenebrosa, que acaba de fundar en la profesion del cisma la condicion futura de la monarquía helénica <sup>2</sup>; intrigas en Armenia y en Persia, cuyos Shah se han convertido mas ó menos ostensiblemente en sus mas complacientes vasallos. Intrigas de todo género para llegar á las grandes Indias, porque Pedro I les dijo: «Acercarse lo mas posible á Constantinopla y á las Indias; «el que reine allí será el soberano del mundo <sup>3</sup>.» Desde 1732 hasta el día se han visto sus multiplicadas tentativas para establecer

<sup>1</sup> Testamento de Pedro el Grande enviado á Luis XIV por el embajador de Francia en Petersburgo. (Véase el *Eco francés*, 20 de febrero de 1844).—Causa terror el leer las instrucciones del fundador de la Rusia y la fidelidad con que las cumplen sus sucesores.

<sup>2</sup> Constit. art. 40.

<sup>3</sup> Testamento de Pedro el Grande, n. 9.

en estos puntos su influencia; y despues de muchas derrotas, han realizado su plan. En medió de sus contiendas intestinas y de sus preocupaciones mercantiles las naciones de Europa han sabido hace poco tiempo que toda el Asia central, desde el mar Caspio hasta el Indo, acaba de consolidarse en una vasta Confederacion de la que Rusia es á un mismo tiempo el alma y la base. El Autócrata tiene al fin en sus manos las llaves del Indostan <sup>1</sup>.

En Occidente, ruina y confiscacion de la Polonia, y la idea de nivelar este único baluarte de la Europa meridional; intrigas en Suecia y en Dinamarca con objeto de hacerse poco á poco dueños del Báltico; intrigas en la Rusia Blanca, en Galicia, en Hungría, donde alcanzan por medio del oro y de la astucia la defeccion instantánea de muchos millones de católicos <sup>2</sup>; é intrigas en Italia, donde adoptan por yerno al hijo del popular Virey de la Peninsula y, demuestran á las sociedades secretas la posibilidad de realizar su mas ardiente afan, cual es el de reunir bajo un cetro comun todas las provincias italianas. Fomentan además turbulencias en este país á fin de crear entorpecimientos al Austria, á la Francia y á la misma Santa Sede, ya para acelerar el éxito de su proyecto, ya para desviar la atencion de sus odiosos manejos en el Norte, ya en fin, para preparar la ocasion de lanzar un día el peso de su influencia anticatólica en la balanza de los intereses de la Europa meridional. Intrigas en la misma Francia, donde sus numerosos agentes oficiales ú ocultos no desperdician ninguna ocasion de comprar los elogios de los periódicos, de los artistas y de la literatura. Este hecho, aunque menos conocido que los anteriores, es ciertísimo y mucho mas humillante para nosotros.

<sup>1</sup> Véanse los periódicos de mayo de 1844, entre otros los *Debats*.

<sup>2</sup> «Para pintar, dice el cardenal Pacca, el estado de la religion católica en «el Norte, y especialmente en Rusia y en la desgraciada Polonia, solo encuentro suficientes las palabras con que preconizan los soberanos Pontífices en «consistorio las sillas episcopales de los infieles: *Status plorandus non describendus*, estado que solo se puede expresar con lágrimas! No me atrevo á lanzar una mirada investigadora en el porvenir reservado á estos pueblos; solamente sé, como lo enseñan las santas Escrituras y la Historia, que cuando la «Iglesia ha agotado todos sus recursos, el Señor se levanta para juzgar su causa, y que se oye entonces bramar el estruendo anunciador de esos terribles «castigos con que el cielo hiere á las naciones enteras sin perdonar las testas «coronadas.»

El incremento incesante del coloso del Norte, y la incertidumbre de las fuerzas que pueden oponerle las divididas y debilitadas naciones meridionales, están causando seria inquietud á los hombres que piensan en el porvenir. «Desearíamos, decia Mr. de Bonald, que la Polonia á través de la cual las naciones del Norte podrian abrirse paso, adquiriera con una constitucion fija toda la fuerza de resistencia de que es susceptible. Rousseau, cuyas reflexiones son mas dignas de aceptar que sus principios, pronostica que los tártaros nos dominarán algun dia. «Esta revolucion, dice, me parece infalible; todos los reyes se dirigen de concierto á apresurarla; y aunque este peligro se halle mas distante de lo que parece creerlo el autor, ¿quién se atreveria despues de lo que hemos visto, determinar el progreso de quinientos á seiscientos mil tártaros conducidos por un Átila ó un Tamerlan, que la Turquía espirante arrojaría sobre la Europa, y que podria contar entre nosotros con dos fieles aliados, la division y la envidia?»

Á medida que el peligro toma mayores dimensiones, la inquietud es mas viva y general. «Un temor nos persigue continuamente, escribió nuestro profundo historiador de la Iglesia; este temor consistió en que dentro de cuarenta ó cincuenta años sea la Francia una provincia rusa, gobernada por algun jefe de cosas sacras.» Segun aparece de su vida y escritos, esta era la mayor preocupacion de Napoleon, del cardenal Consalvi y del conde de Áuterive, tres verdaderos políticos; y se dice que las fortificaciones de París se han construido con el mismo temor. Los pensadores de la Alemania protestante recelan la misma suerte para su pais, y no ven mas remedio que la unidad nacional y religiosa de Alemania. Pero ¿cómo conseguirla si el Protestantismo es el mismo principio de la division y de la anarquía? Solo existe un medio, volver á la antigua unidad de la Iglesia católica. Tal es el objeto de una obra muy notable, publicada en 1843 por el sabio protestante Herman Kauber.<sup>1</sup> «Todos conocen como nosotros que muy pronto, tanto en el fondo como exteriormente, no habrá

<sup>1</sup> Teoría del poder, lib. VII, pág. 318.

<sup>2</sup> Mr. Rohrbacher.

<sup>3</sup> Disolucion del Protestantismo en sí mismo y por sí mismo: Schaffhouse, 1843, Hurter.

«mas que dos partidos en Francia, en Europa y en el mundo entero; el moscovita y el católico, y conocen como nosotros que la lucha actual en Francia no es mas que un débil preludio de la lucha universal y final entre la Iglesia de Dios y todo lo que de ella se separa.» Tales son las graves lecciones que la razon y la fe dan á las naciones actuales. ¡Puedan comprenderlas y practicarlas!

Pero si es cierto que al oír las palabras penitencia y vuelta nacional al Cristianismo, se han sonreido de compasion los Gobiernos, sus consejeros, sus diplomáticos, sus filósofos y sus preceptores; si es cierto que la innumerable turba que arregla con el ejemplo de estos su conducta, y que unos y otros se han preguntado con acento de irónico desprecio: «¿qué significan estas necedades?» Si es cierto que se han entregado como antes á sus cálculos, á sus deleites y al torbellino de sus negocios; si el mundo actual se ha estremecido de impaciencia y de cólera al oír los consejos y avisos del Catolicismo como el Sanhedrin de Jerusalem á las palabras del Hijo de Dios; si ha invocado el crimen de lesa majestad humana haciéndose mas digno de desprecio y mas odioso<sup>2</sup>; entonces, solo me resta una cosa que decir, lo mismo que Nuestro Señor decia á los judíos ansiosos de su sangre y rebeldes á su trono divino: «En verdad, en verdad os digo que muy pronto veréis al Hijo del hombre sentado en las nubes que vendrá á juzgar al mundo con gran poder y majestad.» Os he llamado y «no habeis querido venir, os he tendido la mano y os habeis desdenado mirarme, os he avisado y habeis despreciado mis avisos «y mis amenazas; yo me reiré tambien y me burlaré de vosotros «cuando esteis en las convulsiones de vuestra próxima agonía;

<sup>1</sup> Mr. de Rohrbacher.

<sup>2</sup> Quid vult seminivertus hic dicere? (Act. xvii, 18).

<sup>3</sup> Princeps sacerdotum ait illi: Adjuro te per Deum vivum, ut dicas nobis si tu es Christus, Filius Dei. Dicit illi Jesus: Tu dixisti... Tunc princeps sacerdotum scidit vestimenta sua, dicens: Blasfemavit! quid adhuc egemus tibus? ecce nunc audistis blasphemiam. Quid vobis videtur? At illi respondentes dixerunt: Reus est mortis. Tunc expuerunt in faciem ejus et colaphis eum ceciderunt, alii autem palmas in faciem ejus dederunt. (Matth. xxvi, 63-67).

<sup>4</sup> Verumtamen dico vobis: Amodo videbitis Filium hominis sedentem à dextris virtutis Dei, et venientem in nubibus coeli. (Ibid. 64).

«todas las naciones y Gobiernos que no sirven á Dios perecerán. «Los que deban ser víctimas de la espada lo serán, los que merezcan la esclavitud serán esclavos, y muertos los que deban morir<sup>1</sup>.»

Esta voz dijo á los Cristianos: *Ved* lo que pasa en torno vuestro, comprended los signos de los tiempos, las cosas que os han anunciado y los terribles peligros que os amenazan. La seducción os cerca por todas partes: está en las leyes, en las costumbres, en los libros, en los discursos y en la conducta pública y privada de la multitud. Disminuye de día en día el número y la autoridad de las verdades católicas entre los hijos de los hombres. Comprendedlo bien, estad convencidos de que nunca fue tan crítica vuestra situación; y deducid de todo esto, que es preciso no retiraros del mundo, sino preservaros del mal, y preservar á toda costa lo que os es mas caro. Cada cristiano debe ser, ahora mas que nunca, soldado hasta el último suspiro. Si comprendéis bien la prueba formidable que os espera y á la cual estais ya sujetos, os llenará de gran valor y de santa alegría, pues es la prueba invencible de vuestra fe y el fundamento inmóvil de vuestras esperanzas, porque es el cumplimiento palpable de las profecías de vuestro divino Maestro.

¿No dijo diez y ocho siglos há que al fin de los siglos la apostasia sería general en las naciones, que la fe se debilitaría tanto que apenas destellaría débil resplandor, que la iniquidad se desbordaría como un impetuoso torrente sobre toda la superficie de la tierra, y que se entibiaría la caridad? ¿No dijo que se alzaría una multitud de falsos profetas, precursores del hombre del pecado, que Dios no sería contado para nada, y que al mismo tiempo el Evangelio acabaría de dar la vuelta al mundo? ¿No dijo que os anunciaba todas estas cosas para que no os escandalizárais del triunfo pasajero de los malvados; y no dijérais en vuestro corazón:

<sup>1</sup> Vocavi, et renuistis; extendi manum meam, et non fuit qui aspiceret; despexistis omne consilium meum, et increpationes meas neglexistis. Ego quoque in interitu vestro ridebo et subsannabo, cum vobis id quod timebatis advenerit; cum irruerit repentina calamitas. (*Prov. i, 24*). Gens enim et regnum quod non servierit tibi, peribit. (*Isai. lx, 12*). Quos in mortem in mortem; et quos in captivitatem in captivitatem; et quos in gladium in gladium. (*Jerem. xliii, 11*).

el Cristo duerme, ya no se cuida de nosotros<sup>1</sup>? ¿No os parece que veis en parte al menos cumplidos todos estos anuncios divinos? Conoced, pues, vuestra situación, y volved á alzar vuestra frente inclinada bajo el peso del dolor, de las humillaciones y del temor. La gran lucha cristiana es á un mismo tiempo la prueba de vuestra fe y la aurora del día de la justicia, en el que todo volverá á entrar en el orden del cual no saldrá jamás<sup>2</sup>.

No os contentéis con ver, *velad*, velad os digo á vosotros y á todos<sup>3</sup>. Muchos no supieron distinguir los signos precursores del diluvio ni los de la destrucción de Jerusalen, y lo mismo sucederá al fin de los siglos. El imperio anticristiano se formará sin que la mayor parte lo adviertan; el horrible tirano que ha de ser su jefe estará en el trono, y muchos no lo reconocerán; y la mayor parte solo verán en él un hombre extraordinario, un gran genio. Será para ellos objeto de admiración ó de terror, según apoye ó combata sus intereses precederos: su carácter y su misión profética quedarán ocultos á sus ojos; engañará y seducirá la multitud, y los mismos elegidos se dejarían alucinar por sus prodigios, si el Altísimo no les ayudase con luces y fuerzas especiales<sup>4</sup>.

Velad; porque habrá numerosos precursores que le prepararán la senda, esparciendo por todas partes el espíritu anticristiano, que debe reasumir en sí y que será el secreto de su poder<sup>5</sup>. Velad; porque ya ha comenzado esta terrible preparación. La caridad se entibia, domina el egoismo<sup>6</sup>, la fe vacila, ó se extingue en un gran número; no se sabe lo que se necesita creer, no se cree en nada ni aun en la virtud; todas las ideas falsean, todos los espíritus se agitan, y todos los ánimos se acobardan. El anticristianismo se halla en la atmósfera; tened cuidado, y no respireis su ambiente, porque os matará, y seréis cual el médico que se atreve á recorrer el lazareto sin un preservativo, y respira la muerte.

Velad pues, porque los falsos profetas que han soplado este es-

<sup>1</sup> Matth. xxiv, 4 et seq.; Marc. xiii, 13; Luc. xxi, 17.

<sup>2</sup> His autem fieri incipientibus, respicite, et levate capita vestra, quoniam appropinquat redemptio vestra. (*Luc. xxi, 28*).

<sup>3</sup> Quod vobis dico, omnibus dico: Vigilate. (*Marc. xiii, 37*).

<sup>4</sup> Matth. xxiv, 22.

<sup>5</sup> Ibid. 23.

<sup>6</sup> Et quoniam abundavit iniquitas, refrigescet charitas multorum. (*Matth. xxiv, 12*).

piritu sobre el mundo continuan esparciéndolo, y los peligros que han creado en torno vuestro y de vuestros hijos, no son mas que el principio de los dolores y de las angustias que os aguardan <sup>1</sup>. Cada dia son mas numerosos los lobos devoradores que recorren los caminos, las ciudades y los desiertos: cubiertos con la piel de inocentes ovejas, ocultan bajo un exterior lleno de dulzura y de moderacion sus homicidas designios <sup>2</sup>. Oiréislos ensalzar vuestra religion, pondrán en las nubes la pureza de su moral y los beneficios que ha hecho al mundo; os hablarán de su necesidad para el pueblo, para las mujeres, los niños y los desgraciados; se inclinarán ante el nombre de vuestro divino Maestro, y los creeréis de los vuestros; pero no los creais, su dulzura es un lazo, y sus palabras de miel dardos emponzoñados que dan la muerte <sup>3</sup>.

Si los escuchais hasta el fin, si los sorprendeis en sus conversaciones íntimas, en sus obras ó en sus acciones, luego cae la máscara; apenas hallaréis una palabra del Evangelio en su creencia ó en su conducta, pues se mofan y no hacen caso alguno de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, de la infalibilidad de la Iglesia, de la santificacion del domingo, de la abstinencia, de la Confesion y de la Comunión. Hallaréis en sus obras máximas impías, novedades peligrosas y dudas pérfidas que siembran la incredulidad y conducen á la ruina de la Religion. Pero haceos cargo del principal carácter con que los reconoceréis: sus conversaciones y discursos, hipócritamente respetuosos para con el Cristianismo, están llenos de hiel contra el soberano Pontífice, cuyas palabras desprecian y cuya autoridad atacan; contra los Obispos, que acusan de concupiscencia y de ambicion, y contra el Clero entero á quien están acusando de ignorancia y de espíritu de invasion, de dominación y de intolerancia. Falsos cristos que quisieran un Cristianismo sin Papa, sin Obispos y sin sacerdotes, ó un Papa, Obispos y sacerdotes penetrados de sus máximas y sumisos á sus caprichos.

Si les decís que no son cristianos, se indignarán al parecer de

<sup>1</sup> Haec autem omnia initia sunt dolorum. (Matth. xxiv, 8).

<sup>2</sup> Attendite à falsis prophetis qui veniunt ad vos in vestimentis ovium, intrinsecus autem sunt lupi rapaces: à fructibus eorum cognoscetis eos. (Matth. vii, 15).

<sup>3</sup> Molliti sunt sermones ejus super oleum, et ipsi sunt jacula. (Psalm. liv).

vuestras palabras, y harán protestas de su sincero amor por la Religion. «Ya veis exclamarán, cual nos esforzamos en protegerla «y en hacerla respetar, como reedificamos sus templos destruidos; y creed que solo por su interés llamamos al orden al Clero «y á los Obispos, exhortándoles á que se encierren estrictamente «en sus santuarios, recomendándoles la prudencia, y enseñadosela por el órgano de nuestros *consejos* y de nuestros tribunales.» Ó tratarán de calumniadores y fanáticos á los que indiquen la impiedad de sus obras y discursos, ó sostendrán que sus máximas no son contrarias á los dogmas evangélicos. «En todo caso, «dirán, la razon tiene sus derechos, que no deben ser sacrificados por respeto alguno, por cuanto dimanan de Dios, y la Religion debe acomodarse á la época; el espíritu del Cristianismo es «de tolerancia y de paz, la buena armonía pide que cada cual haga «sus concesiones, y nada seria mas contrario al deseado triunfo «del Cristianismo, como la exigencia rigorosa de sus derechos y «la inmovilidad en que se quisiera retenerlo en medio del movimiento general. El Cristianismo tiene necesidad de ser regenerado, á fin de estar en relacion con el progreso de la razon y las «nuevas necesidades de la humanidad.»

Envolverán todas estas peligrosas máximas con formas seductoras, protestarán de su ortodoxia, llegarán hasta aceptar religiosas para cuidar de sus enfermos, y sacerdotes en todas partes donde haya un papel *secundario* que representar. En verdad, en verdad os digo que desconfeís de esos hombres de dos caras, de esos falsos profetas que dicen: El Cristo está aquí, el Cristo está allí, el Cristo está con nosotros, y el mundo lo ve cada vez mas en todas partes <sup>1</sup>.

Velad; si no pueden seduciros con sus doctrinas, os seducirán con sus riquezas; y dueños del mundo material, os dirán: Asociaos á nuestras empresas, hagamos capital comun y nos repartiremos juntos los honores y la fortuna <sup>2</sup>. Su proposicion es un

<sup>1</sup> Tunc si quis vobis dixerit: Ecce hic est Christus, aut illic: nolite credere. Surgent enim pseudochristi, et pseudoprophetae; et dabunt signa magna et prodigia, ita ut in errorem inducantur (si fieri potest), etiam electi. Et ecce praedixi vobis. (Matth. xxiv, 23, 24, 25).

<sup>2</sup> Fili mi, si te lactaverint peccatores, ne acquiescas eis. Si dixerint: Veni nobiscum... Omnem pretiosam substantiam reperiemus, implebimus domos

lazo. Si no os valeis de una extrema prudencia, os manchará su contacto; adoptaréis su lenguaje, tomaréis su ademan, y perderéis la delicadeza de la conciencia y la virginidad de honor. Os veréis arrastrados á mil bajezas á pesar vuestro, y tránsugas de la virtud, lo seréis pronto de la fe. Ya que el aspecto del mundo cambia, dejadles, dejadles el inútil y peligroso imperio del poder material, pues como las fuerzas son desiguales, no lo podréis gozar al mismo tiempo que ellos, para quienes todos los medios son buenos. Si caminais juntos, los veréis cerca del poder, de los honores y de la fortuna, cuando apenas habréis empezado á andar. Lo mismo que digo de la fortuna, os aconsejo de las formas pasajeras de las instituciones humanas. No os apasionéis de un traje usado, solo merecen vuestra indiferencia; dejad á los muertos el cuidado de amortajar á sus muertos. Esforzaos mas bien en daros á vosotros y á vuestros hijos un gran poder moral, un alma templada en el fuego de la caridad y de la fe, capaz de resistir la prueba y de vencer en los mas peligrosos combates. Bajo el reinado anticristiano tendréis que luchar en un principio mas contra las potencias de las tinieblas y de la mentira que contra la fuerza brutal.

Vigilad, para saber á cada instante el sitio de la batalla. Sea el estudio mas sério, y vuestro Evangelio cotidiano la conducta de los primeros cristianos reducidos como vosotros al estado de familia y de individuos, colocados como vosotros en medio de un mundo, enemigo jurado de su fe, armado de seducciones y violencias, pero desmoronándose sobre sus cimientos, y condenado á perecer pronto bajo sus sangrientas ruinas. Que vuestra atencion esté sobre todo alerta á las menores señales venidas de Roma; allí está el piloto, el guia, el oráculo, el jefe del combate.

nostras spoliis. Sortem mitte nobiscum, marsupium sit unum omnium nostrum. Fili mi, ne ambules cum eis, prohibe pedem tuum à semitis eorum: pedes enim illorum ad malum currunt. (*Prov.* i, 10-16).

<sup>1</sup> Non est nobis colluctatio adversus carnem et sanguinem, sed adversus principes et potestates, adversus mundi rectores tenebrarum harum, contra spiritualia nequitiae, in coelestibus. Propterea accipite armaturam Dei, ut possitis resistere in die malo, et in omnibus perfecti stare. (*Ephes.* vi, 12, 13; *Matth.* xxiv).—Cum igitur haec omnia dissolvenda sint, quales oportet vos esse in sanctis conversationibus et pietatibus. Expectantes, et properantes in adventum diei Domini. (*II Petr.* iii, 11 et 12).

Ver y vigilar son los dos primeros deberes, y el tercero *orar*. Causa terror el leer esta prediccion del Hijo de Dios: bajo el imperio anticristiano serán tan grandes los peligros y tan poderosa la seduccion, que los mismos elegidos sucumbirian, y no se libraria ninguna alma del error, si Dios no se dignase abreviar los dias de tan terrible prueba<sup>1</sup>; pero serán abreviados por causa de los elegidos. Orad, pues, para que no sucumba vuestra debilidad, porque la prueba actual, sea ó no el preludio de la última lucha, es ¡ay! bastante temible para autorizarnos á deciros, á deciros á nosotros mismos y á todos nuestros hermanos: ¡Orad y no os canséis de orar!

No sé qué maravilloso instinto parece revelar ya al reducido rebaño de Jesucristo que ha llegado el tiempo de aumentar sus oraciones, su fervor y su celo. ¿De dónde dimana ese ardor desconocido hácia el bien que se manifiesta hace algun tiempo entre los verdaderos fieles? ¿Cuál es la causa de esos sacrificios sublimes de nuestras religiosas y misioneros, de todas esas obras y de todas esas asociaciones de caridad espiritual y corporal que admira el mundo pero cuyo secreto no entiende? ¿De dónde acuden á la Iglesia esas almas escogidas cuyo valor y cuya fe, al lado de las angustias del error y magulladuras del vicio, consuelan algunos años há el ministerio desconsolado de los Pastores? ¿Podemos dejar de ver en este inexplicable movimiento una segunda intencion del Dios que vela sobre la Iglesia? ¿No desea acaso darnos mas fortaleza que antes? ¿No quiere tambien poner un contrapeso á las iniquidades del mundo, é inclinar quizás otra vez la balanza del lado de la misericordia?

Finalmente, esta voz dice á la familia: *Ved* vuestra posicion actual, y comprended la importancia decisiva de vuestros deberes. El Cristianismo vuelve á su origen; se halla ya para con el mundo actual en las mismas circunstancias en que se halló durante tres siglos respecto al mundo pagano. Excluido de la sociedad política, no tuvo hasta Constantino otro santuario que el hogar doméstico: convertida la sociedad política al Cristianismo al mismo tiempo que el vencedor de Majencio cesa de serlo, y el Cristianismo

<sup>1</sup> Erit enim tunc tribulatio magna, qualis non fuit ab initio mundi usque modo, neque fiet. Et nisi breviati fuissent dies illi, non fieret salva omnis caro: sed propter electos breviabuntur dies illi. (*Matth.* xxiv, 21, 22).